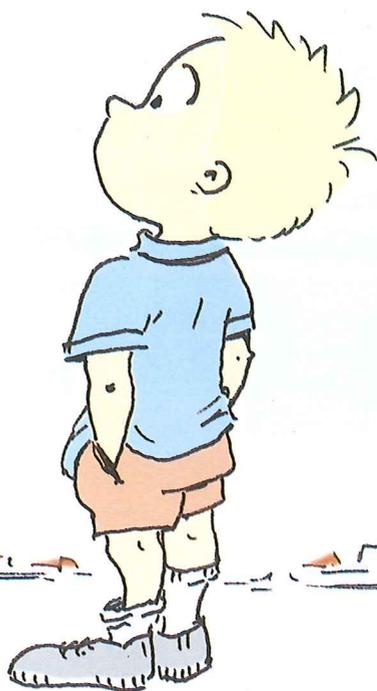


EL SUEÑO DE VOLAR



Jesús Montalvo

ilustraciones Juan Luis Ibarreta



MINISTERIO DE DEFENSA

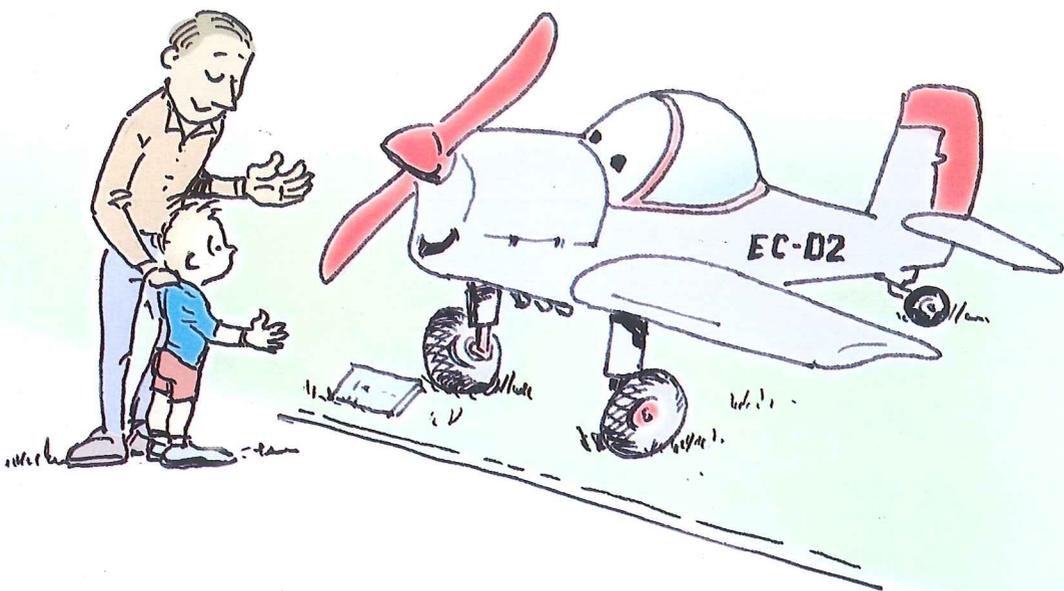


Érase una vez un niño de pelo rubio que nació en Madrid hace veintiún años. Desde los tres años, cuando salía a pasear por la calle, acompañado de sus padres, siempre caminaba con la vista puesta en el cielo. Se fijaba en todos los pajarillos que volaban por encima de él pero lo que realmente deseaba aquel niño era poder volar como ellos.

Miraba y miraba al cielo y lo único que encontraba eran largas líneas de algodón atravesando las nubes. Su cabeza inquieta no podía parar de pensar en qué podían ser aquellos algodones blancos que se movían a toda velocidad sobre el color azul del cielo.

Al principio, pensaba que eran pajarillos que volaban tan alto, que ni siquiera podía darles de comer o escuchar su canto al despertar.

Noche tras noche, cuando aquel niño se iba a su habitación a dormir, imaginaba como podían ser aquellos pajarracos tan raros. Se los imaginaba grandes como un avestruz, veloces como las águilas y blancos como el color de la paloma de la Paz.



Una mañana de sábado, su padre le llevó a visitar el Museo de Aeronáutica y Astronáutica de Madrid. Cuando llegó allí, lo primero que le preguntó a su padre fue:

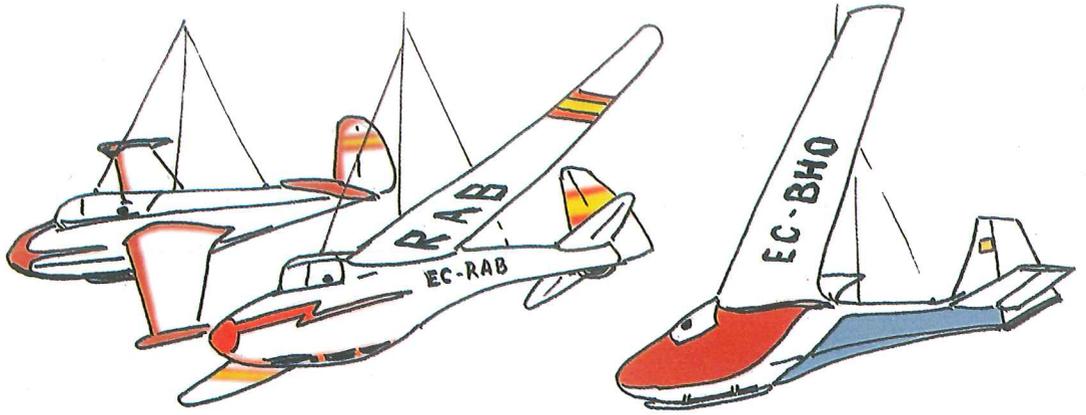
- Papá ¿qué son todas estas máquinas que parecen grandes pájaros?

- Hijo, son aviones. Máquinas que vuelan por el cielo para llevar a las personas de un lado para otro a gran velocidad.

- Entonces papá ¿son pájaros metálicos?

- No, hijo. No son pájaros porque no están vivos. Son máquinas diseñadas y fabricadas por el hombre para viajar lejos imitando a los pájaros.

Aquel niño estaba empezando a entender cómo podían ser aquellos enormes pájaros que siempre veía cuando miraba al cielo, y que se movían tan rápido tan rápido que parecían estrellas fugaces durante la noche.



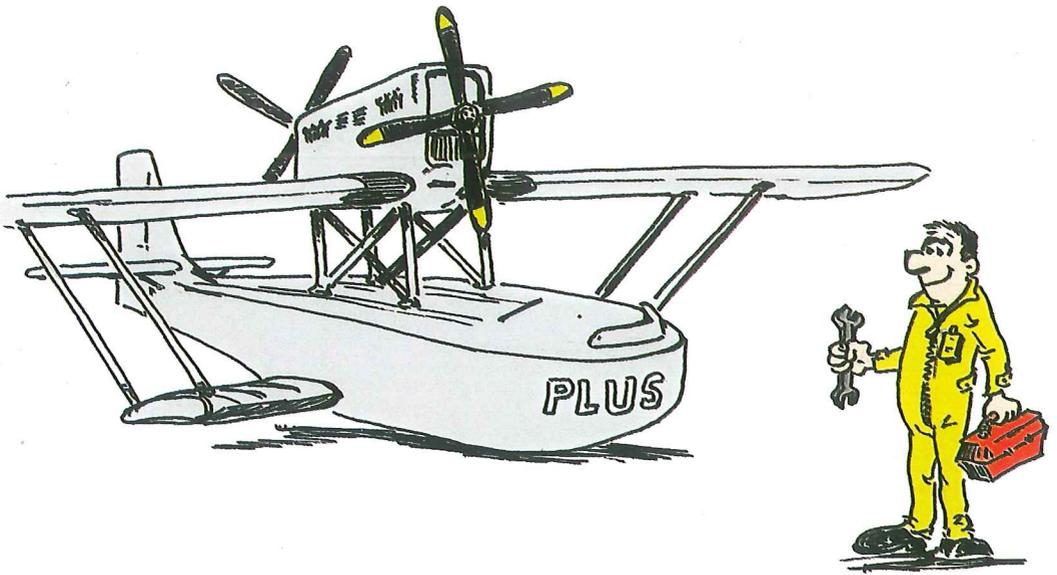
- Papá ¿puedo preguntarte una cosa? preguntó emocionado el muchacho.

- Claro que sí, hijo.

- ¿Qué son aquellos algodones blancos y largos que hay en el cielo moviéndose tan rápido?

- Son el camino que marcan los aviones cuando vuelan alto y rápido. Dejan esas marcas para que así puedas saber de dónde vienen y adónde van.

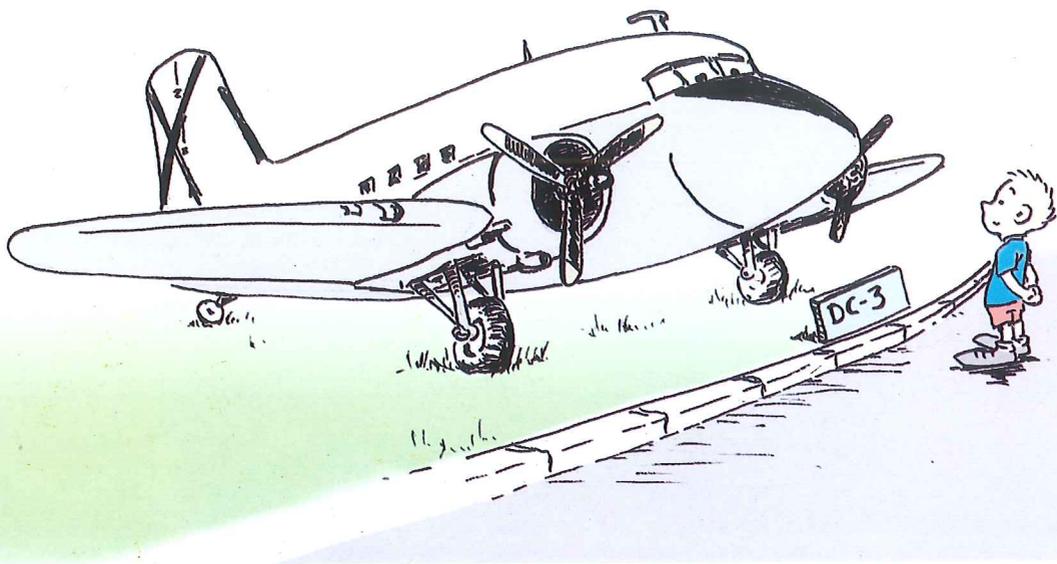
El corazón de aquel niño se paró un instante. Acababa de descubrir que aquellos algodones blancos que veía en el cielo, viajando tan rápido como los guepardos, en realidad eran aviones. Después de tanto imaginar e imaginar ya había descubierto el misterio. Aquel día, era el niño más feliz del mundo.



Sin separarse de su padre, visitó el Hangar 3 del Museo. Allí pudo ver el avión del piloto alemán más famoso del mundo, los principales aviones de guerra de hace casi ochenta años y, colgados del techo, un tipo de aviones llamados planeadores o veleros. Unos aviones que eran capaces de volar sin motor, flotando en el aire como los pájaros.

Después del Hangar 3 vino el Hangar 4 donde pudo ver los helicópteros. Aviones que no tenían alas pero que volaban gracias a unas hélices que giraban muy rápido encima de ellos. Como Doraemon cuando usaba el gorrocóptero con su amigo Nobita.

El niño, con los ojos brillantes de la emoción, entró al Hangar número 6. Nada más entrar, se encontró con un avión tan grande como un gigante que se llamaba Dornier 24, capaz de aterrizar y despegar en el agua. Era un hidroavión. En ese mismo hangar pudo ver a unos señores vestidos de color amarillo que trabajaban muuuuucho en el Museo para que los aviones brillasen como las luces de los coches cuando es de noche.



Para acabar la visita, aquel niño y su padre visitaron todos los aviones que hay en el exterior del Museo. Aviones de guerra modernos, el avión de transporte más famoso del mundo y aviones tan grandes que servían para echar gasolina a otros aviones.

Cuando salía del Museo, el niño le dijo algo a su padre:

- ¿Sabes una cosa papá?

- Cuando sea mayor, quiero ser piloto para poder manejar estas máquinas tan bonitas llamadas aviones y así poder volar como los pájaros.

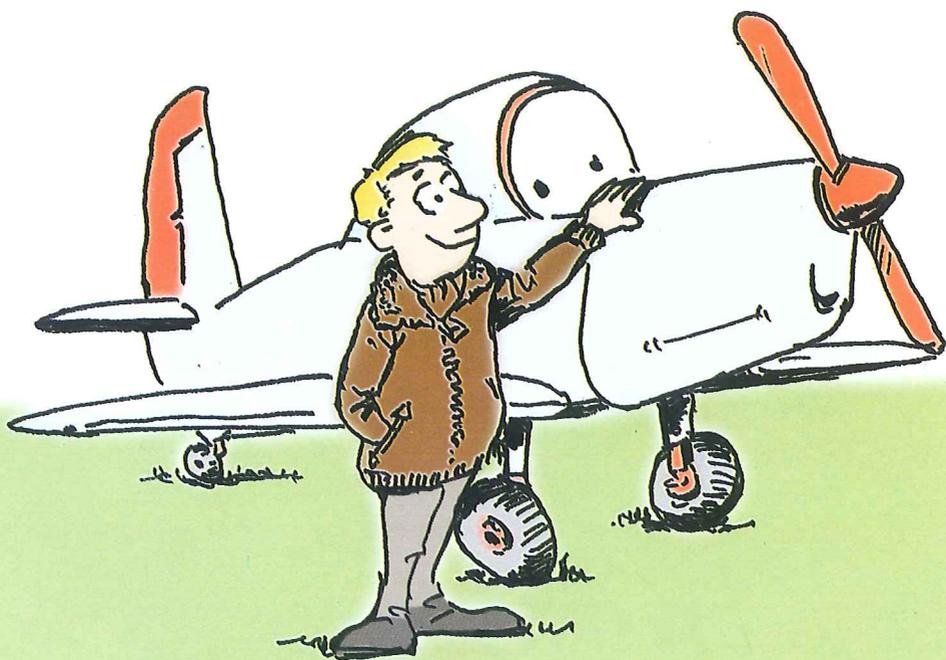
- Para eso, hijo, tendrás que estudiar y esforzarte mucho. Le contestó su padre.

- Claro papá, estudiaré para ser el mejor y poder volar el avión igual de bien que vuelan los pájaros.

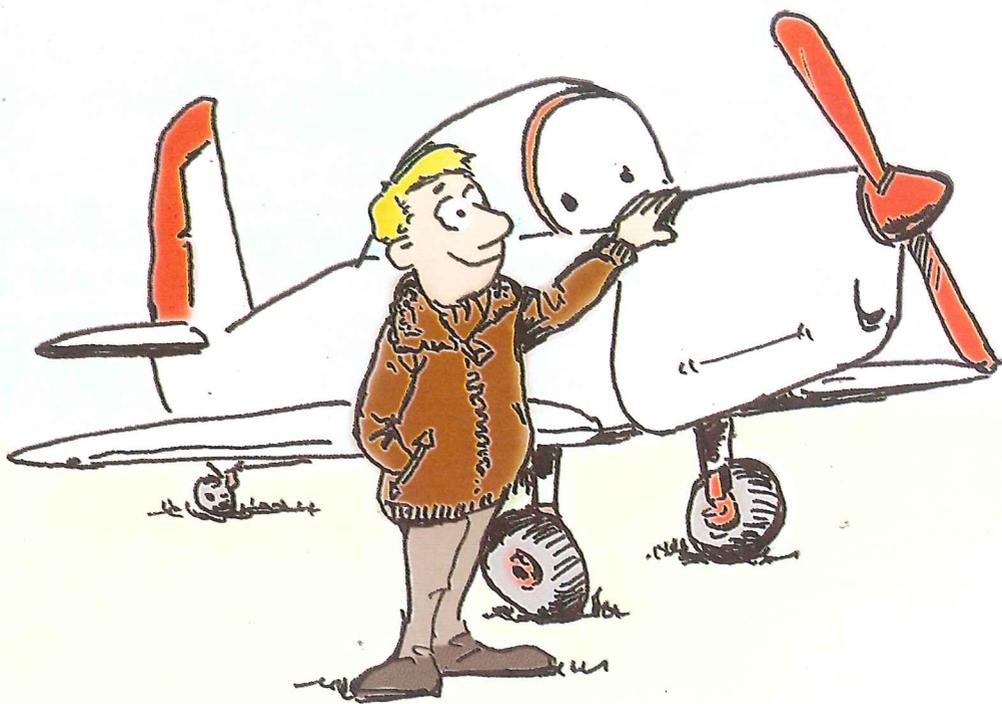
Pasaron casi quince años y aquel pequeño niño estaba a punto de acabar sus estudios en el colegio. Había estudiado y estudiado, tenía las mejores notas de su clase y había leído muchos libros sobre los aviones. Había aprendido por qué volaban y cómo funcionaban. Solo le faltaba aprender cómo se pilotaban.

Después de muchos esfuerzos y con mucha ayuda de sus padres aquel niño pudo cumplir su sueño.

Ser piloto y volar como un pajarillo.



AS



SECRETARÍA
GENERAL
TÉCNICA
SUBDIRECCIÓN GENERAL
DE PUBLICACIONES Y
PATRIMONIO CULTURAL